

Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

7



Vacaciones



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 7

Vacaciones

Relato pal desolvido derivado del informe:
*La tierra se quedó sin su canto. Trayectoria e
impactos del Bloque Norte en los departamentos
de Atlántico, Cesar, La Guajira y Magdalena.*
*Tomo I. Informe n.º 11 de la serie Informes sobre
el Origen y la Actuación de las Agrupaciones
Paramilitares en las Regiones*



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 7

Vacaciones

Colección • Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

**Centro Nacional de Memoria
Histórica**

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
**Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Natalia Escobar Sabogal
**Línea metodológica y conceptual
Apropiación Social de la Verdad
Histórica de la DAV**

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vannezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
**Apoyo y acompañamiento a la
revisión técnica**

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 24
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-66-1
ISBN digital: 978-628-7792-81-4
ISBN colección impreso:

978-628-7792-55-5

ISBN colección digital:

978-628-7792-69-2

Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in
Colombia

Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria
Histórica**

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31

Bogotá, D. C., Colombia

PBX: (601) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2025). *Vacaciones*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso,
se disponga la autorización del
Centro Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

Vacaciones / investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica; relato n.º 7).

24 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-66-1

ISBN digital: 978-628-7792-81-4

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Desaparición forzada - Colombia 2. Búsqueda de personas desaparecidas - Colombia 3. Paramilitarismo 4. Víctimas del conflicto armado 5. Memoria histórica - Colombia I. Biermann López, Juan, investigador y redactor II. Parra Puentes, Leonardo, diseñador e ilustrador III. Escobar Sabogal, Natalia, línea metodológica IV. Rodríguez, Linda Carolina, editora V. Centro Nacional de Memoria Histórica VI. Serie VII. Título.

CDD: 303.66

CO-BoCMH



I

Mediando diciembre de 2001, en el corregimiento de Tomarrazón (Guajira), Édgar se quedó esperando a que llegara alias Leche, un hombre joven —al servicio de las autodefensas de Hernán Giraldo Serna*, patrón de la región— quien, desde varios meses atrás, era el encargado de controlar lo comprado y lo vendido. Leche pasaba cada semana, siempre los miércoles por la tarde, revisaba las facturas, contaba el dinero en caja, anotaba cifras en su pequeña libreta y se marchaba con un sobre de billetes que Édgar tenía preparado desde el martes. Pero ese miércoles, Leche no se apareció.

Ese mismo miércoles, Yamile salió a la calle con minifalda. La había comprado en Santa Marta, dos o tres años atrás, y aún no la había estrenado. En Tomarrazón las mujeres no podían andar así. O más bien: no debían. Las autode-

* Nombre real.

fensas se encargaban de recordárselo a quien se atreviera a desafiar las normas. «Aquí se respetan las buenas costumbres», decían. Y las buenas costumbres significaban falda hasta la rodilla, blusa sin escote y nada de maquillaje llamativo.

Pero ese día, Yamile se despertó de afán, agarró lo primero del cajón de ropa y, tras repasar su apariencia en un espejo de medio cuerpo, salió a recorrer las calles. Fue al regresar, un par de horas después, que sintió algo raro. De vuelta en casa, se quedó parada en la sala, mirándose las piernas desnudas, sintiendo un vértigo extraño. Algo andaba mal o algo andaba bien, pero de una manera que daba miedo.

Esa misma tarde, en la plaza, un grupo de hombres conversaba en voz baja.

—¿Viste que no han venido?

—Hace ya unos días que no veo a ninguno.

—¿Y si fue que se los llevaron?

—¿A todos? No joda. Eso no pasa así nomás.

—Entonces, ¿qué?

Nadie tenía respuesta, pero todos sabían que algo había cambiado. Los hombres que durante años habían controlado cada movimiento en Tomarrazón —quién entraba, quién salía, quién vendía, quién compraba, quién hablaba de más o lucía disidente— simplemente se habían esfumado.

II

Tomarrazón no era un pueblo estratégico. No había laboratorios de cocaína funcionando en sus alrededores, ni pistas clandestinas ni bodegas llenas de alcaloide esperando ser embarcado, pero estaba en el área de influencia y eso bastaba para que no debiera quedarse sin supervisión ni control.

Por eso había hombres como Leche, jóvenes armados que cobraban las vacunas, dirimían pleitos entre vecinos, decidían quién podía vender y quién no, quién podía viajar, quién debía quedarse y a qué hora era hora de dormir. Controlaban todo: desde las cajas de cerveza que

llegaban en los camiones hasta las remesas que enviaban los familiares desde Venezuela, sin olvidar vigilar que ningún hombre usara aretes o pelo largo, y ninguna mujer llevara maquillaje excesivo o minifalda. Nada entraba, salía o se movía sin que ellos lo supieran. «Para que no se le filtre nada a la guerrilla», decían.

Con el tiempo, la presencia de esos hombres se había vuelto parte del paisaje. Como el árbol del dividivi en la plaza, como el pájaro rastrojero que cantaba al amanecer, como el sol abrasador que rajaba la tierra. Estaban ahí, siempre. Hasta que, de repente, dejaron de estar.

Mediando el último mes de 2001, se esfumaron de la noche a la mañana, sin aviso ni explicación.

El tema empezó a tratarse en conversaciones a puerta cerrada, en voz baja:

—Así como se fueron —decían algunos—, pueden volver en cualquier momento.

Otros, más resabiados, predecían:

—Entre más demoren en volver, peor regresarán siendo.

III

Empezó entonces la novena de aguinaldos y, durante los tres primeros días, los habitantes de Tomarrazón obedecieron las órdenes dadas por los hombres de Giraldo Serna durante las novenas del año pasado: «nada de escándalos ni celebraciones inmorales, que estas son fiestas cristianas y la religión se respeta».

Sin embargo, al cuarto día, en la noche del miércoles 19 de diciembre, en una casa cerca de la plaza principal, se armó un jolgorio a todo volumen que duró hasta la mañana siguiente.

Al otro día, jueves, Tomarrazón se convirtió en pueblo fantasma: hubo quienes no salieron por la resaca, así como los que prefirieron encerrarse temiendo un castigo ejemplar. Igual, pasó el día, llegó el viernes, cayó la noche y, viendo que los hombres de Giraldo no habían vuelto, varias parrandas estallaron esa noche y las fiestas, por Navidad y desahogo, duraron hasta la mañana del miércoles 26 de diciembre.



IV

Poco antes del final de año, Julio —habitante de Tomarrazón desde hacía veinticinco años— le contó a Mirta, su esposa, que un grupo de vecinos había decidido ir hasta Riohacha en busca de información sobre lo que estaba pasando.

Esa misma noche, los pescadores de información regresaron sonrientes y alentados, trayendo consigo una considerable cantidad de canastas de cerveza y botellas de licor escocés. Traían noticias.

Antes de irse a dormir, Julio le contó a Mirta lo averiguado:

—El Patrón está en guerra contra otros, los que vienen del Urabá, dicen. Dizque son muchos, bien entrenados y bien armados. Parece que el patrón tuvo que replegar toda su gente, concentrarlos cerca de él. Por eso es que Tomarrazón y otros pueblos que están lejos de la Sierra han quedado por ahora sin vigilancia.

Mirta lo escuchó todo con atención, sobre todo ese *por ahora*.

—Mija —agregó Julio—, quién sabe cuánto nos duren estas vacaciones, por eso hay que disfrutarlas.

—De haber sabido —dijo ella—, les hubiéramos dicho a Lucho y a Érika que vinieran pa Navidad... Ya con esta, van cuatro sin verlos.

Los hijos se habían ido del pueblo en 1998 cuando Lucho cumplió dieciocho y Érika estaba a punto de cumplir quince. Oficialmente se fueron porque había trabajo en Panamá, donde vivía un primo de Mirta. Pero había otra razón, una que no se decía en voz alta, pero que todos conocían: en la región había un hombre poderoso que violaba niñas y adolescentes, un depredador sexual que actuaba con total impunidad, protegido por sus armas y sus hombres.

«Ese man quiere regar toda La Guajira con su semilla», decían en el pueblo. Y las familias que podían, mandaban a sus hijas lejos. Las que no, rezaban.

V

Superado el primer puente festivo de 2002, una mañana de mediados de enero, arribaron al pueblo tres caras conocidas. Al verlas, más de uno corrió a casa a hacer maletas. Eran hombres del patrón. No se quedaron a dormir. Traían un mensaje.

El jefe los necesitaba. Estaba organizando una protesta contra «los grupos violentos que buscaban invadir la zona». La idea era taponar la Troncal del Caribe, a la altura de Calabazo. Todo aquel que apoyara esa *noble y justa causa* recibiría comida cada día y, más importante aún, ayudaría a conservar el orden de cosas que tan bien había funcionado hasta el momento.

Quizás hubo algún habitante que, al escuchar que podía demostrar su lealtad, consideró seriamente la opción de sumarse a la protesta, pero, al hacer cálculos, la cuenta no cerraba: de Tomarrazón a Calabazo había siquiera cuatro horas en carro y, entre ida y vuelta, se irían unos quince galones de gasolina que nadie tenía plata para pagar.

La propuesta de los fugaces mensajeros fue declinada por los habitantes de Tomarrazón. La razón fue fácil de enunciar:

—No es por falta de fe en la causa, sino por falta de plata y gasolina.

VI

Desde finales de 2001 hasta mediados de febrero de 2002, el corregimiento de Tomarrazón vivió un periodo de paz y tranquilidad, como pocos de sus habitantes más longevos lograban recordar.

Fueron semanas extrañas; semanas en las que la gente se acostumbró a caminar sin miedo, a celebrar sin pedir permiso, a quedarse conversando en las esquinas hasta tarde; semanas en las que Yamile siguió usando su minifalda y Édgar no tuvo que guardar sobres de dinero los martes ni los miércoles.

A mediados de febrero empezaron a llegar rumores nuevos, traídos por los pescadores de información desde Riohacha.

Al parecer, el Patrón se iba a rendir. Iba a someterse a las órdenes de un tal Jorge Cuarenta **, el comandante de los hombres del Bloque Norte.

—¿Y eso qué significa para nosotros? —preguntó alguien en la tienda de Édgar.

Nadie supo responder.

No pasaron diez días cuando la noticia llegó por la radio: el acuerdo se había firmado. El patrón había aceptado las condiciones. La guerra había terminado.

Pero en Tomarrazón, esa información trajo más inquietudes que certezas.

Si había terminado la guerra, ¿quién mandaría ahora? ¿Volverían los hombres del patrón? ¿O llegarían otros, desconocidos, con reglas nuevas y peores? ¿Qué vendrá ahora?

** Alias real de Rodrigo Tovar Pupo.

VII

El primero de marzo de 2002, un carro con parlantes en el techo estuvo toda la mañana recorriendo las resacas y escasas calles de Tommarazón, perifoneando una «invitación» que sonaba a puro panfleto. La voz de un hombre amplificadora repetía que aquella misma tarde, desde las tres, todos los habitantes —hombres, mujeres y jóvenes— debían acudir a la plaza principal para darles la bienvenida al Bloque Norte y a su comandante Cinco Siete, y recibir instrucciones.

Julio y Mirta no se quedaron sin asistir. Vieron llegar dos camiones que traían unos veinte o treinta hombres armados y uniformados, con el brazalete de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que rodearon a la pequeña multitud reunida durante las casi tres horas que duró el evento.

Con megáfono en mano, un hombre que se identificó como el comandante Cinco Siete proclamó que el orden había llegado finalmente al pueblo y a la región, de la mano de él y de sus hombres. Para garantizar el buen funcionamiento de ese nuevo orden, un grupo de su mayor confianza tomaría asiento en Tomarrazón para resolver toda disputa y combatir cualquier crimen contra la propiedad o la moral cristiana.

Enfatizó que sus hombres se encargarían personalmente de que nadie se desviara del «buen camino». Y a modo de ejemplo señaló que, bajo ningún concepto, se toleraría la homosexualidad ni la vagancia; nada de minifaldas en mujeres ni aretes o pelo largo en hombres; tampoco botas de caucho o recorrer caminos entre las seis de la tarde y las seis de la mañana. En cuanto a las fiestas, solo las patronales: nada de guachafita cada viernes o fin de semana. Y cuidadito con pasarle comida o información al enemigo guerrillero, «que eso da pa destierro inmediato al Infierno».

Cuando terminó el acto, la gente se dispersó en silencio. Julio y Mirta caminaron de regreso

a casa sin hablar. Hasta que Mirta rompió el silencio:

—Y yo que creía que los paras solo le hacían la guerra a la guerrilla... pero parece que esto es guerra de todos contra todos.

Julio no respondió. No había nada que decir.

Ya en la casa, Mirta sacó dos cervezas rescatadas de las últimas semanas. Destapó ambas y le entregó una a su marido.

—¡Salud! —dijo—. Por la nueva vaca que viene a darnos la misma leche.

—Eche, Mirta —alegó Julio—, no seas tan negativa. Mira que ya nadie nos quita las vacaciones que tuvimos.

—Sí, es verdad, pero ahora tampoco nadie me quita esta tristeza de saber por qué la paz es tan terrible...

—¡Eche, no joda! —la interrumpió él—. ¿Tú qué estás diciendo?

—Pues eso, te lo estoy diciendo: que la paz es terrible, porque una se acostumbra...





Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/la-tierra-se-quedo-sin-canto-tomo-i/>

Relatos
pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



La guerra no es guerra, es ocupación. Pero si, dado el caso, la fuerza ocupante entra en guerra contra otra fuerza del mismo bando, ¿qué pasaría? ¿Será verdad que menos por menos da más? Entonces, mientras dure ese enfrentamiento, ¿quedará el pueblo desocupado de guerra?
